

DONDE DOS O TRES *Acerca del tamaño de las comunidades monásticas²*

Después de la caída del régimen comunista en la Checoslovaquia de aquel entonces, recibí una carta del P. Benito Maly, osb (+ 1989) del monasterio de Rajhrad, comparable, por su iglesia y biblioteca, a cualquiera de los monasterios barrocos de Austria, Baviera o Suiza. Él era el último monje sobreviviente de dicho monasterio. Me aclaró (en una de esas lo hizo con otros monasterios también) que si no recibía ayuda de inmediato, la culpa de la desaparición de su monasterio no sería de los comunistas sino de mi monasterio de Einsiedeln. Vinieron luego los esfuerzos, realizados por el conjunto de los monasterios germanoparlantes a favor de los benedictinos del Este de Europa. En Rajhrad, que padeció muchísimo bajo la administración comunista, pudieron al menos refaccionarse los techos. En la casa parroquial se acondicionó una capilla y se arreglaron unos cuartos de modo que una comunidad pudiera instalarse en ellos. Desde 1990 bulle allí nueva vida. Se registra el ingreso de vocaciones. Fue y es importante la ayuda de los hermanos de la archiabadía de Brevnov (Praga) y actualmente la del monasterio de Göttweig³.

No es ninguna excepción, hablando desde una perspectiva histórica, que el número de miembros de un monasterio descienda prácticamente hasta cero. En 1526 vivía en Einsiedeln *un* solo benedictino: el abad, de 86 años. Murió a las pocas semanas del nombramiento de su sucesor, proveniente de Sant Gallen. En el monasterio doble de los lazaristas de Seedorf en el Cantón suizo de Uri, una única sobreviviente se preocupó, antes de su muerte (1526) de conseguir madera adecuada para el arreglo de la techumbre. Luego de una interrupción de treinta años, llegaron las benedictinas de Claro en el Ticino, y décadas después la vieja casa volvió a florecer. La abadía de Fischingen, suprimida en 1848, fue restaurada en 1977. En la isla de Reichenau, después de 250 años de interrupción, asistimos actualmente a un resurgimiento benedictino. Son numerosos los ejemplos de sobrevivencia de comunidades, aunque esto a veces ocurra con personal totalmente distinto.

Hace 50 años, quedé sorprendido. Venía yo de Einsiedeln, que en aquel entonces contaba con doscientos miembros, y me tocó participar de la celebración del Oficio Divino en una gran iglesia abacial italiana, con una comunidad de apenas media docena de monjes. Celebraban sencilla, pero dignamente, en una capilla lateral. En aquel entonces despertaba admiración que tal o cual monasterio alemán o austríaco, que habiendo padecido una fuerte sangría en tiempos del nacionalsocialismo y de la guerra, se estuviera recuperando. Algunos hasta eran capaces de administrar grandes colegios con la ayuda de laicos. Mucho después quedé edificado con los monjes de San Meinrado (Indiana, USA) que, estando a cargo de una gran parroquia en Lima, encontraban el tiempo para celebrar comunitariamente, junto con sus colaboradores, la Liturgia de las Horas.

En Suiza, ya unos diez años antes (!) del Concilio, empezó a sentirse la disminución de las vocaciones, sobre todo las de los no sacerdotes. Muy pronto se alzaron voces preocupadas. Muchos insistían, con razón, en una concentración de fuerzas. Otros se oponían a la asunción, por parte del monasterio, de cualquier actividad que hasta ese momento no se hubiera asumido. Otros muchos vaticinaban: “ya lo verá, cuando nosotros los hermanos ya no estemos, desaparecerá el monasterio”. Sus tareas siguieron realizándose, parcialmente, después de su muerte, si bien en forma menos complicada; y aquel monasterio, con sus más de mil años de vida, sigue existiendo. En la actualidad enteras Congregaciones benedictinas o Federaciones de benedictinas registran el ingreso de muy pocas, o de ninguna vocación. Hay monasterios, que por el contrario, después de un lapso de más de una docena de años, vuelven a experimentar su afluencia. Frecuentemente puede constatarse que condiciones benignas de admisión han ayudado a quienes ingresaban a aceptar la gracia del llamado.

¹ Abad emérito de la Abadía Benedictina de Einsiedeln (Einsiedeln, Suiza).

² Conferencia dictada en las Jornadas de Espiritualidad de Beuron (2004), y publicada en *Erbe und Auftrag* 80 (2004) 353-362. Traducida por el P. Max Alexander, osb, monje de la Abadía Santa María de Los Toldos, Argentina.

³ Esta noticia me fue gentilmente proporcionada por el abad de Göttweig, Clemens LASHOFER, que en aquel entonces, por pedido del Abad Primado, coordinaba la ayuda a los monasterios (del Este).

Mucho más difícil es dar consejos que logren hacer atractivo un monasterio. Ciertamente que el cálculo del promedio de edades o la extrapolación de la curva de [futuros] miembros no asegura que con semejante propaganda tendremos “resultados positivos” en el reclutamiento. Es necesario rezar. Es indispensable una reflexión sobre las tareas esenciales del monasterio y una ponderada y muy realista evaluación de las fuerzas disponibles. Hacer pronósticos es difícil. Las personas no pueden ser manejadas como si fueran figuritas de ajedrez, aunque más no fuera porque hoy se requiere una preparación profesional. Es por eso que toda planificación del futuro es de carácter muy provisorio. Muchas veces consistirá en decisiones adecuadas, tomadas en previsión del futuro, hechas en el momento oportuno, no perdiendo de vista la totalidad y tomando en cuenta el bien de las personas y los valores benedictinos.

Una mirada a los primeros tiempos del monacato⁴

Si echamos una mirada de conjunto a la primavera monástica de los siglos III y IV, constatamos una sorprendente y variadísima praxis. Atanasio de Alejandría escribió en el año 357 la *Vita Antonii*, cuya influencia apenas si puede exagerarse. En ella describe cómo Antonio hizo su período de aprendizaje con uno de los tantos ascetas que, o bien vivían en los pueblos, o fuera de ellos. El joven monje pasó luego largos años como ermitaño en la más estricta soledad. Más tarde empezaron a reunírsele discípulos. Jerónimo, en sus años mozos, vivió en las cercanías de Ravena, llevando junto a unos pocos amigos vida monástica en ese pequeño círculo. Esto no era nada raro, ya que pequeños “monasterios” de varones o de mujeres existieron en diversas partes, especialmente en las ciudades episcopales. Jerónimo realizó luego un viaje para explorar el monacato oriental; más tarde se ocupó, tanto en Roma como en Belén, de comunidades femeninas. En sus muy leídas cartas Jerónimo expresa admiración por grandes figuras monásticas, que en su mayoría fueron ermitaños. En el año 384 le escribió a la noble romana Eustoquia (epístola 22) una extensa carta sobre la vida monástica. En ella Jerónimo se expresa despreciativamente sobre los *Remnuoth* (Separatistas), que de dos en dos, o de a tres, fingen llevar vida monástica. De acuerdo a su aspecto se los toma por monjes, pero viven sin regla fija y a merced de los caprichos del momento. Jerónimo pasa luego a ponderar un gran monasterio, con varios cientos de monjes. Dicha comunidad tiene estructura vertical y está dividida en decanías o grupos de a diez. Se reúnen para rezar y para participar en las conferencias. Cada cual tiene que realizar un determinado trabajo. Algunos de ellos se hacen, más tarde, ermitaños. Esta descripción de los diversos géneros de monjes fue asumida, en gran parte, por el primer capítulo de la regla de San Benito, quien allí elogia a los cenobitas como al mejor género de monjes.

Un apotegma de los Padres hace referencia a las diferencias entre monasterios grandes y pequeños: *El superior de un cenobio le preguntó a Cirilo, arzobispo de Alejandría: ¿Quién lleva mejor vida? ¿Somos nosotros, los que tenemos una gran cantidad de hermanos a nuestro cargo y al orientarlos, gracias al don del discernimiento de espíritus, le indicamos a cada uno el sendero hacia la salvación? ¿O son aquellos que allí afuera, en el desierto, intentan salvarse solos? El arzobispo le contestó: entre Elías y Moisés no puede hacerse semejante distinción, ya que ambos fueron agradables a los ojos de Dios⁵.*

Jerónimo subraya, en su descripción del gran monasterio arriba reseñado, que estaba dotado de estructuras muy precisas. En los escritos pacomianos dichas estructuras se describen con toda detalle. Pacomio (+ 347) gobernaba, en el Alto Egipto y como abad general, una federación de nueve grandes monasterios. Dos monasterios de monjas estaban a cargo de su hermana. Pacomio no quería sobrecargar, en lo que a tiempo de oración o de trabajo se refiere, a ninguna persona. A cada una se le asignaba un determinado cupo de tareas, de acuerdo a su capacidad, pues el mantenimiento de la comunidad debía estar determinado y asegurado con toda claridad. Junto a esto, a los más entusiastas y llenos del buen celo, se les otorgaba amplio campo para su devoción personal. Benito asumirá en el capítulo 66 de su Regla, el del portero, rasgos de la descripción del gran monasterio del presbítero

⁴ Cfr. A de VOGÜÉ, *Histoire littéraire du mouvement monastique dans l'antiquité*, I-VIII, Paris 1991-2003.

⁵ *Les Apophtegmes des Pères*, SCh 474, N° 178.

Isidoro, sacados de la “Historia de los monjes en Egipto”. En el amurallado recinto de dicho monasterio se encontraba todo lo necesario para su sostenimiento. Nadie tenía necesidad de salir. Una vez que alguno había entrado en el monasterio pedía vivir para siempre de acuerdo a su “ley irreformable”. Se subraya, sin embargo, que lo que retiene a los monjes en el monasterio no es un mero código legal, sino la posibilidad de una vida plenamente realizada⁶. Constatamos, por tanto, que también en el gran monasterio del presbítero Isidoro reinaba un *ordo* claro y transparente junto al deber de la *stabilitas*.

Por el contrario, en Occidente y alrededor del carismático obispo Martín de Tours (316-397) se formó un gran monasterio que no se regía por reglas demasiado estrictas. Alrededor de Martín se reunieron ochenta discípulos. Ninguno poseía bienes y nadie bebía vino. La iglesia proveía a su manutención. Para el trabajo del campo se empleaba un campesino. Únicamente los más jóvenes se ocupaban en la copia de manuscritos. Por lo demás se dedicaba mucho tiempo a la liturgia y a la oración. Esta hipertrofia del culto y la oración, sumadas a la poca dedicación al trabajo, constituían un peligro. Ciertamente que la acción del monje-obispo Martín fue una inmensa fuente de bendiciones mientras vivió, en especial para la cristianización de la población rural. Pero el monacato martiniano no tuvo continuidad después de su muerte. ¿Dónde quedaron los 2.000 monjes que habrían participado de los funerales de san Martín?

Agustín (+ 430) advirtió severamente contra la pereza de unos monjes que se daban demasiada importancia a sí mismos. Del monasterio de Agustín salieron una serie de obispos, –esta era la intención del fundador–, con los que Agustín ocupaba sedes vacantes. El monasterio agustiniano abarcaba una cantidad de miembros de carácter muy diverso. Al obispo de Hipona le tocó padecer experiencias muy tristes, como aquella ocurrida con ocasión de la muerte de uno de los monjes que, habiendo prometido vivir en pobreza personal, había, sin embargo, redactado su testamento, en el que disponía de sus bienes. En este contexto es que escuchamos la queja de Agustín: aunque un superior quisiera darse por satisfecho con unos cuantos monjes, –¡pocos pero buenos!–, nunca falta alguno que falla y no cumple (*In Ps* 99,11). Aun después de la muerte de Agustín siguieron existiendo pequeños monasterios en África del Norte. El *corpus* de reglas agustinianas tuvo, en verdad, una prolongada influencia. Sigue siendo hasta el día de hoy norma de vida para muchos monasterios, tanto masculinos como femeninos.

Mencionemos en este contexto los monasterios de Basilio (+ 378), ya que son comparables a los de Agustín. El número de monjes no debe haber sido muy pequeño, estando dedicado el monasterio a actividades socio-caritativas; para los niños estaba previsto un pedagogo propio; para el mantenimiento de la paz y la armonía todo estaba predispuesto de acuerdo a un orden de precedencia. La vida eremítica no constituía ningún ideal para Basilio.

En Occidente el monacato de Lérins daba gran importancia a la elaboración de reglas monásticas. Pareciera que en Lérins los relevos en la conducción del monasterio fueron, en cada ocasión, la motivación para la redacción de una nueva “santa regla”. Dicho desarrollo contribuyó a que –si bien quedaban firmes los principios espirituales–, el número de reglamentaciones normativas referentes a la vida práctica aumentara, de decenio en decenio, en complejidad y densidad. Lo allí elaborado pasó, en su mejor parte, a las reglas del “Maestro” y de San Benito. Por lo tanto no se puede negar que el monacato del sur de la Galia sobrevivió bajo esta forma. El obispo Cesáreo de Arlés (+ 542), monje de Lérins, redactó una regla para monjes y otra, muy extensa, para el monasterio, bastante numeroso, de monjas de Arlés (534), dirigido por la extraordinaria hermana del obispo, Cesárea. Esta regla está penetrada por el buen espíritu pero se pierde demasiado en detalles normativos. Tal vez sea este el motivo por el que no fue adoptada por otros monasterios femeninos. En ocasión de la renovación de Acaunum (San Mauricio) en el año 515, los participantes quisieron introducir la “alabanza ininterrumpida” (*laus perennis*), para la cual puede que tuvieran en mente, como modelo, un monasterio de Constantinopla. Cinco grupos (*turmae*) de monjes, provenientes de diversos monasterios, de no tan cercanos alrededores, se irían turnando permanentemente en la alabanza divina. A través de lo expuesto por Cesáreo y del ejemplo de San Mauricio, se puede

⁶ *Historia monachorum in Aegypto*, 17,4: “vitae beatitudo retinet ac perfectio”.

constatar que en el monacato del sur de la Galia y en la vida cotidiana, el acento se ponía en el culto y en la oración, mientras que el trabajo quedaba manco. Algo de su espiritualidad nos quedó preservada en sus escritos, pero los establecimientos en sí tuvieron poca pervivencia. El monasterio del Jura, en el Condat, contó, en el momento de su mayor florecimiento, con unos ciento cincuenta monjes. Los monjes del Jura estaban en contacto con los de Lérins y con los de Acaunum. Más tarde sólo sobrevivieron allí modestas comunidades. Las convulsiones debidas a las invasiones de los bárbaros, sin duda que tuvieron su parte en todo esto, y hay que tomarlas en cuenta al intentar emitir un juicio sobre dichos monasterios. Es, sin embargo, un hecho que la primavera monástica de la Iglesia sobrevivió en sus escritos; la continuidad vital y viviente de esas comunidades constituye más bien una excepción.

El monasterio de Benito y la cifra “doce”

San Benito describe a los cenobitas que viven en comunidad como *al fortísimo linaje de monjes* (RB 1,13). Pero en lo referente a número y tamaño de la comunidad sólo hace referencias marginales. Según su opinión aquel monje que a toda costa quiere ser ermitaño deberá tener detrás suyo un largo período de tiempo pasado en el monasterio *enseñado por la ayuda de muchos, y bien adiestrado en las filas de sus hermanos para la lucha solitaria del desierto* (RB 1,4-5). Benito puntualiza que el abad deberá *servir los temperamentos de muchos* (RB 2,31) y pide repetidamente que se tome en cuenta al individuo. Se habla de una solución especial tanto para los semaneros de cocina como para el mayordomo *si la comunidad es numerosa* (RB 31,4-5). Nunca habla del reclutamiento de nuevos monjes, pero menciona, en una sola ocasión, que el abad se alegrará por el crecimiento de la comunidad y sufrirá por su detrimento (RB 2,32). A Benito le importa que todo se disponga de manera que en cada situación sea posible abarcar la totalidad [de la comunidad], pero *si la comunidad es numerosa*, Benito pide con la tradición, que se nombren *decanos* (RB 21). En el monasterio de Pacomio es claro que estos son nombrados para encargarse de una decanía; en el caso de Benito la cuestión debe quedar, de facto, abierta, ya que es imposible determinar si quedaban constituidos uno o más grupos. Basilio prevé que para la conducción de los niños se cuente con un monje pedagógicamente apto para ese puesto⁷, mientras que Benito encarga a todos los monjes de su, presumiblemente, pequeño monasterio que se encarguen de mantener el buen orden entre los niños (cf. RB 63,9. 18 s).

Gregorio el Grande escribe, en sus *Diálogos* sobre la vida de Benito, que éste había logrado construir en Subiaco **doce** monasterios, con la ayuda de nuestro Señor Jesucristo. Para cada uno de ellos nombró un padre; cada uno fue poblado por **doce** monjes. Benito sólo dejó unos pocos monjes junto a sí, justamente aquellos para cuya formación su presencia se hacía necesaria (*Dial* II,3,13). Al igual que muchos otros rasgos de la figura del Benito en los *Diálogos*, debemos entender la cifra “doce” de manera simbólica. Hace referencia a las doce tribus del pueblo de Israel y a los doce apóstoles con los que se rodeó Jesucristo. Benito y sus monjes desean llevar, guiados por Jesús, una existencia bíblicamente cimentada y por ello una “vida apostólica” y eclesial. Mientras en la actualidad la expresión “vida apostólica” es entendida casi exclusivamente en relación con la evangelización y la cura de almas, en la antigüedad se la entendía como referente a una vida llevada en el círculo de los discípulos de Jesús, en la “escuela del Señor”. Esta caracterización simbólica del monacato me parece más importante que una mera explicación numérica de la cifra doce.

Sin embargo hasta el día de hoy nos topamos con la cifra de doce monjes en los estatutos de las Congregaciones benedictinas, como presupuesto para que un monasterio sea erigido en abadía. Sería interesante investigar las raíces históricas de tal norma. Sobre este asunto haré sólo dos referencias, y ambas provenientes de un contexto no benedictino. Santa Teresa de Ávila deseaba inicialmente que un monasterio no tuviera más de doce o (contando a la fundadora), trece hermanas, para preservar el buen espíritu y para poder evitar el limosneo. Ella temía que el general de la Orden pudiera enviarla de vuelta al monasterio de la Encarnación de Ávila, en el que vivían más de 150 monjas: “donde hay

⁷ RBasRuf 7,7-8.

menos, reina mayor armonía y paz”. Teresa obtuvo en 1567 la autorización para fundar nuevas casas según su Reforma, sin embargo, no debía sobrepasarse el número de 25 monjas⁸. El papa Inocencio XIII, que tuvo que preocuparse por las quejas debidas a la acumulación de fortunas y por el mal uso de los estipendios, determinó en 1697 que no podían ser admitidos más miembros que los permitidos por los ingresos y las limosnas acostumbradas. El obispo sólo podía permitir la fundación de nuevos monasterios si al menos contaban con doce miembros que pudieran proveer a su manutención⁹. Más tarde se añadió, a dicho decreto, la aclaración de que los novicios supernumerarios debían ser enviados a otra casa. En todas las épocas existieron, de hecho, una cierta cantidad de grandes comunidades. Tanto en la Edad Media como posteriormente el número de miembros, en la mayoría de los casos, fue más bien modesto.

Comunidad y sociedad

Desde esta panorámica histórica y de hecho, quisiera pasar a la averiguación de la siguiente cuestión: ¿cuál es el número teóricamente deseable? Fueron sobre todo sociólogos alemanes los que prepararon el instrumental necesario para responder a esta pregunta. Hizo época la diferenciación establecida por Fernando Tönnies (+ 1936), al comparar entre sí las categorías de “comunidad y sociedad” (1887). Ciertamente sería una ingenuidad pretender separar, en categorías claramente distinguibles, la inmensa variedad de agrupamientos que en concreto existen. Es posible, sin embargo, establecer una distinción de modelos idealizados y típicos de convivencia. Establecidas dichas reservas, digamos que Tönnies caracteriza como “comunidad” a una configuración grupal crecida orgánicamente y de carácter natural y genuino, por ejemplo la familia. El grupo es abarcable con una sola ojeada. Los miembros se conocen, casi con seguridad, “cara a cara”. Los unen valores de las esferas vital, estética, social, espiritual, o de orden ético y religioso. Dichos valores son claramente afirmados, cultivados y compartidos por todos los miembros. Pensemos en el parentesco de sangre o en los “parentescos por elección”, por ejemplo un grupo de montañistas que comparten seguridad, alimento y experiencia montañera. A diferencia del de “comunidad”, Tönnies caracteriza el concepto de “sociedad” como: una configuración grupal cimentada en una finalidad racional, por ejemplo, una sociedad anónima. En ella se agrupan personas físicas o jurídicas, por estar convencidas de que la mejor manera de realizar sus intereses personales es uniéndose. Lo que individualmente sería difícil o imposible de lograr, podrá alcanzarse gracias a un arreglo compensatorio de lo que a cada uno interesa y con una adecuada distribución de roles. Así cada uno satisface mejor sus intereses. En este contexto podemos pensar en empresas, asociaciones u organizaciones. Cuando el funcionario de una organización ha terminado sus horas de trabajo vive en función de valores diferentes, apreciados personalmente. Mientras viste el uniforme o está detrás del mostrador, se comporta profesionalmente, según criterios “oficiales”; muchas de sus opiniones personales se considerarían fuera de lugar. Una ilustración sería la de constatar cuánto se diferencia la relación alumno-maestro en una de las escuelas monásticas, de esa misma relación en las escuelas estatales.

Cuanto más numerosa sea una agrupación, más rasgos del tipo “sociedad” mostrará. Una pequeña asociación se las arregla con unas pocas reglas de comportamiento o con un reglamento oral. En el estado moderno la cosa es distinta. Allí muchos individuos viven juntos, frecuentemente en multitudes estrechamente agrupadas en un ámbito sumamente restringido. Las expectativas de libertad de cada uno exigen en este caso una gran cantidad de reglas. Pensemos que también nos encontramos con grupos muy numerosos que se agrupan por idénticos valores, que en una de esas los reafirman con entusiasmo y de esta manera se apoyan mutuamente. Es cierto que una masa humana reunida, por ejemplo en un estadio deportivo, se entusiasma y hasta “hierve” por valores

⁸ Santa TERESA, *Libro de las Fundaciones*, c. 1 (*llegando al número de trece (monjas), que es el que estaba determinado para no pasar*). Ver igualmente *Libro de la Vida* caps. 32-36. Sobre el número de monjas de cada monasterio, es sabido que la santa cambió de opinión, ampliándolo a 21, cfr. *Vida*, c. 36, n. 29 [nota del traductor]. En el original el autor agradece al abad Pankraz WINIKER (Disentis) por las referencias a las obras de santa Teresa.

⁹ INOCENCIO XIII, *Constitución “Nuper”*, 23.12.1697, §§ 9-10.

comparativamente bajos, sin embargo puede que poblaciones enteras se movilizan en pos de altos ideales. La capacidad de entusiasmo puede, sin embargo, ser manipulada y mal-usada.

Hace poco tiempo M. Hochschild se ocupó de este planteamiento sociológico en vistas a la situación eclesial y en una perspectiva cristiana¹⁰. Las palabras de Jesús de Mt 18,20 (*Donde dos o tres...*) considero que subrayan la presencia del KYRIOS [Resucitado] en la asamblea cristiana, sea esta numéricamente pequeña o grande. La vida cristiana únicamente puede realizarse en Él y con su Espíritu. En total concordancia con esta perspectiva, en el ámbito de la Iglesia oriental jamás se pregunta “¿con cuántos monjes cuenta este monasterio?”, sino “¿cuántos *Padres* viven en este monasterio?”¹¹. Lo decisivo es, entonces, que en el monasterio vivan monjes que tengan una relación viviente con Cristo. Lo decisivo es averiguar si en el monasterio moran auténticos “portadores del Espíritu”. No se trata necesariamente de autoridades y menos aún de algún tipo de *gurú*. Lo importante es que en el monasterio habiten personas en comunión profunda con Cristo y con su Espíritu; eso del número de monjes es, desde esta perspectiva, totalmente secundario. Esta profunda comunión es el valor básico alrededor del cual se reúne una “comunidad” cristiana. Una vida en Cristo tiende necesariamente a ser “comunidad” con muchos. Esto le puede resultar hartamente difícil a un individualista actual, temeroso ante cualquier relación. La frase de Jesús indica, sin embargo, que existen ciertas posibilidades de elección en el seguimiento de Cristo, sea en un grupo pequeño o en uno grande. Pero aún un grupo pequeñísimo debe permanecer abierto. En Cristo no existe ningún egoísmo de a dos. El más pequeño de los grupos, en una de esas “apenas” una “célula”¹² cristiana en un ambiente no cristiano, debe tender a ser fermento en su entorno en el mundo. Un grupo grande tiene la posibilidad de hacer fructificar una multitud de dones y carismas. En todo caso, puede so-portar un miembro deficitario espiritualmente, sin que quede en suspenso el estar reunidos “en Nombre” de Jesús.

Experiencias

Junto a la visión histórica y a la perspectiva teórica es bueno interrogar a la experiencia concreta. Athanasius Polag, osb, se ha expresado sobre la situación de las pequeñas comunidades¹³. Consta que comunidades que un día fueron numerosas, sufren con la disminución en su número y frecuentemente buscan chivos expiatorios. Por el contrario, existen comunidades que desde los tiempos de su fundación jamás crecieron. Muchas veces se conforman con demasiado pragmatismo y carecen de esperanza y de una visión renovada. “Somos nada más que doce. ¿Cómo pretende que iniciemos algo nuevo y diferente?”. Con tamaña resignación, no se hace otra cosa que compartir la mentalidad medioambiental, que con insistencia pregunta: “¿siguen ustedes teniendo vocaciones?”. A. Polag piensa que a partir de 35 miembros o más, puede hablarse de un monasterio numeroso, y a partir de 15 miembros o menos, de una pequeña comunidad, con sus problemas correspondientes¹⁴.

Un amigo, Mamerto Menapace, antiguo abad de Los Toldos (Argentina), y actual abad presidente de la Congregación Benedictina del Cono Sur, me escribió lo siguiente: “Con más de 50 años viviendo en mi monasterio y fundamentado en un conocimiento de primera mano de las

¹⁰ M. HOCHSCHILD, “*Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre*. Sobre la socialización desde estilos (de vida) cristianos y la medida de las cosas” (“Wo zwei oder drei in meinem Namen versammelt sind”. Über christliche Vergesellschaftungsstile und das Maß der Dinge), en ThG 46 (2003) 127-137. Siguiendo a Hochschild cito en el título la misma frase de Jesús. Aunque no comparto todas las opiniones de Hochschild, encuentro, sin embargo, que su artículo es sumamente instructivo y resumo aquí algunas de sus tesis.

¹¹ Durante las Jornadas de espiritualidad de Beuron (2004) el abad Albert ALTENÄHR, del monasterio de Kornelimünster, presentó como garante de esta perspectiva, típica del monacato oriental, a Dom Michel VAN PARYS.

¹² El abad Jorge pone en alemán “*Biotop*”. Este es un término que allí es popular. Lo reemplazamos por “célula” [N. del T.].

¹³ A. POLAG, *Cuando la comunidad se hace más pequeña* (*Wenn die Gemeinschaft kleiner ist*), en *Monastische Informationen*, 107 (15.03.2001) 11-14. El autor hace propuestas concretas para el caso que la disminución de los miembros haya llevado una comunidad al borde de una crisis de extinción. En este caso es muy importante la solidaridad mutua en el marco de la federación monástica [de pertenencia].

¹⁴ Una opinión, proveniente de Italia, sostiene que un número de [monjes] entre 25 y 35 es el óptimo. Queda así preservado el carácter familiar. Con dicho número es posible proveer tanto a la formación de los jóvenes como al cuidado de los ancianos (G. TAMBURRINO, 17 de mayo del 2003).

comunidades del Cono Sur de América, opino que no existe un tamaño ideal (para un monasterio benedictino). Ordinariamente toda comunidad desea recibir nuevos miembros para crecer numéricamente. Todos sufren cuando el número disminuye. Cuando bajan de 40 a 20, a todos les duele ser tan poquitos. Cuando aumentan de 12 a 20, están muy contentos y satisfechos de ser tantos. Si bien existen excepciones, normalmente, según mi opinión, lo mejor para un abad es cuando el monasterio cuenta con alrededor de 20 miembros. De esta forma el abad puede realmente llegar a conocerlos a todos, desarrollando con cada uno una relación personal. Existe, igualmente, el problema del espacio. He escuchado quejas por la falta de espacio habitacional al crecer el número de monjes. Otras veces, habiendo bastantes habitaciones disponibles, nos encontramos con una disminución en el número de monjes. Esta confusión y malentendido entre cantidad de monjes y de espacios habitacionales, ocurre una y otra vez” (11 de mayo 2003).

El actual abad de Los Toldos, Enrique Contreras, también me escribió respecto a este tema (13 de mayo 2003). Se esfuerza en describir las ventajas y desventajas de las comunidades grandes respecto de las pequeñas, y a la inversa. Un monasterio grande (¡para él a partir de 18-20 monjes!) posee la ventaja de una mayor estabilidad. Las tareas pueden ser mejor organizadas. La calidad de vida suele ser, en general, mejor. Sin embargo en una comunidad grande los individuos pueden aislarse casi inadvertidamente, escondiendo sus fallos y sus actitudes equivocadas al resto de la comunidad. Semejante egoísmo hace que la distribución de tareas se haga más difícil. En las pequeñas comunidades se depende fuertemente de cada uno de sus componentes; ninguno puede mantenerse oculto. Se requiere una gran sensibilidad para la vida comunitaria. Basta que uno solo falte a la Oración de Vigilias y ya se nota. Si llegan a faltar dos, la realización de la oración en común se hace difícil. Si bien es una ventaja que las necesidades de la comunidad exijan un mayor empeño en la vida comunitaria, la desventaja consiste en que cualquier problema repercute y pesa enseguida sobre toda la comunidad. Personas de carácter débil, —es lo que intuye el abad Enrique Contreras—, no correrían el riesgo de entrar en una reducida y exigente comunidad pequeña, sino que es mucho más probable que lo intenten en las comunidades más grandes, ya que estas aparecen como más sólidas y seguras.

En definitiva, lo decisivo para llevar una auténtica vida comunitaria benedictina es el enraizamiento de sus miembros en Cristo y en su Espíritu. Hay que medirse con la escala del Evangelio para estar en condiciones de responder a las distintas expectativas planteadas por las comunidades, sean estas pequeñas o grandes. En la “escuela del servicio divino” todo lo restante es secundario.

*Kloster Einsiedeln
CH – 8840 Einsiedeln
Suiza*